

EVA VON REDECKER

ESE AFÁN DE DUREZA

Nuevo fascismo y propiedad fantasma

TRADUCCIÓN

Susana Figueroa y Emilio Pérez-Manzucó

s e r i e c e r o

Índice

La mercantilización de los símbolos o por qué necesitamos un concepto de fascismo	7
El país de la acontemporaneidad	27
El tiempo del fin y su energía	53
«QUIEN NO QUIERA HABLAR DE CAPITALISMO...»	73
El no tiempo que sigue al neoliberalismo	95
Liberalismo quebrantador del derecho	113
Endiablamiento, o la tiranía de nadie	133
El tecnofascismo como mercantilización de la irreflexión	155
Proyección y escarnio: el alma del fascismo	171
El carácter posesivo y sus ideologías del deseo	187
Sin morada en ninguna parte: el clima fascista como fuerza de la naturaleza	211
Rememoración y contraestrategias	233
Agradecimientos	247
Notas	249

La mercantilización de los símbolos o por qué necesitamos un concepto de fascismo

En el mercado ecuestre de Havelberg todavía se comercia con caballos, a veces, incluso, a la antigua usanza: el precio acordado se sella mediante un apretón de manos, «lo que ves es lo que hay». Algo inusual, sobre todo desde que una nueva directiva de la UE aprobada en 2019 sometió la compra de caballos a garantías similares a las de los vehículos de motor, con un periodo de dos años para reclamar daños. Si el animal cojeara dentro de ese plazo, podría presumirse una lesión previa, por ejemplo, un accidente cuando era potro, lo que supone una incertidumbre considerable en el momento de la venta. Sin embargo, los caballos de aquí, de Havelberg (Sajonia-Anhalt), no son ejemplares de categoría que obliguen a preocuparse por reclamaciones. Se trata más bien de animales de recreo, cuyo coste es menor al de las radiografías que se les practican a los ejemplares de cría o competición antes de cerrar una venta.

Pero el mercado de caballos es principalmente una fiesta popular. Hay puestos de comida, música y, sobre

todo, un mercadillo que se extiende por grandes espacios. Muchos de los puestos venden *memorabilia* militar: cascos, botas, cinturones y —muy raramente— incluso algún que otro abrigo de cuero negro de las SS. También hay letreros esmaltados con normas o reglamentos policiales: «Los saqueadores serán fusilados». Dentro de cajas metálicas oxidadas, forradas con tela, hay montones de insignias y medallas de cobre ligeramente ennegrecido. Sobre la mayoría de ellas hay pegada una tirita azul cuadrada.

Exhibir públicamente símbolos inequívocamente nazis —runas de las SS, esvásticas— es ilegal en Alemania según el artículo 96a del Código Penal. Sin embargo, está permitido poseer y comercializar estos objetos como antigüedades. Si existe una contextualización adecuada, como por ejemplo en los libros de texto o en los museos, su exhibición también está permitida. De modo que los vendedores intentan no incurrir en un delito; pero quizá también quieran dejar claro que su interés se centra en las «cosas antiguas» y no en el mensaje que estas puedan transmitir en el presente.

No puedo quitarme de la cabeza esas tiritas azules que, sin pretenderlo, subrayan precisamente lo que intentan ocultar. No me interesan como síntomas concretos del giro hacia la derecha. Para detectar ese giro no hace falta *memorabilia* de la Wehrmacht. Y, contrariamente a lo que asume la obsesión alemana, no ocurre únicamente en las deplorables condiciones de las zonas rurales del este del país. En el verano de 2025, los partidos de extrema derecha gobiernan en siete países europeos, y en otros dos son la fuerza política más votada. India, Argentina, Paraguay, El Salvador, Israel y Turquía son otro ejemplo de lo que el segundo mandato de Trump pone de manifiesto de forma especialmente espectacular: que en las democracias prevalece el anhelo de una política de mano dura y de un cuerpo social lo más homogéneo posible.

Lo que más me inquieta es el carácter simbólico de estas insignias tapadas. ¿Consiste en eso nuestro presente? ¿El mismo metal frío de siempre, con solo una pegatina de otro color encima? ¿Y si no hubiera sido únicamente su atrezo, sino el fascismo mismo el que hubiera perdurado oculto a lo largo del tiempo? ¿Seríamos acaso capaces de reconocerlo? ¿Nos hemos acostumbrado a confundir los símbolos más estridentes con la cosa misma? Mientras el Estado alemán —no solo él, pero él con especial insistencia— recorta el derecho de asilo y debilita las normas del derecho internacional, me parece irrelevante que en el mercadillo el sol negro de las SS se transparente bajo la pegatina azul. Y que alguien a mi lado que revisa el estado de unas tazas de porcelana «solo» lleve tatuada una cruz de la Wehrmacht en la nuca; eso ya basta para saber a quién le gustaría ver eliminado. Pero incluso la cruz de la Wehrmacht ofrece un exceso de continuidad. ¿Y si el fascismo reapareciera bajo una forma nueva? ¿Directamente como pegatina azul cuadrada, por ejemplo? ¿Lo notaríamos, siempre y cuando no nos contáramos entre las víctimas? ¿Podría incluso ocurrir que retazos de aquello mismo mediante lo cual quisimos distanciarnos del nacionalsocialismo se convirtieran, de pronto, en la base de un proyecto de extrema derecha renovado?

Eso es precisamente lo que estamos viendo. El tan venerado valor liberal de la libertad, esgrimido contra los regímenes de terror de Hitler y de Stalin, figura ahora en los carteles electorales azul chillón de la AfD [Alternativa para Alemania]. Incluso la lucha contra el núcleo ideológico del nacionalsocialismo —el antisemitismo— se nos presenta como el estandarte de la nueva derecha: Trump lo utiliza como pretexto para atacar a las instituciones educativas más importantes de su país. La AfD aplaude en el Bundestag alemán cuando se propone vincular el estatuto de asilo y las ayudas a la cultura al compromiso con el Estado de Israel.

Desde una perspectiva estrictamente filosófica, no basta con pretender orientarse mediante la mera adscripción a bloques políticos. La libertad y la lucha contra el antisemitismo siguen siendo rasgos esenciales también de la izquierda. Debemos acoger con alivio su aparición en el bando contrario, o bien demostrar que han sido tergiversados. Pero, ¿cómo saber entonces qué es de derechas y qué se desliza hacia lógicas fascistas, si sus propias consignas ya no los delatan? No podemos confiar en que baste con rascar un poco para dar con las runas inequívocas. Necesitamos criterios para definir el fascismo, criterios que puedan aplicarse no solo a símbolos heredados, sino también a las banderas adoptadas. Por tanto, necesitamos un concepto de fascismo para el presente.

El modelo por excelencia de la crítica antifascista —la mera búsqueda de correspondencias puntuales con el original de los años treinta— se ha vuelto obsoleto, en parte porque da resultados demasiado rápidamente. Alemania es el país de los culpables. Siempre se encuentra algo. Y, a veces, parece que en cada ejemplo de debate polarizado se produce un retroceso en el que todas las partes acaban recurriendo a Hitler: los antivacunas supuestamente defienden la eutanasia; o Lauterbach [ministro federal de Salud durante la pandemia] es Mengele, o Putin es Hitler, o el nacionalismo ucraniano es fascista. A los activistas palestinos se les tacha de reencarnación de Hitler; a los israelíes se les presenta como nazis. Se puede decir «hombre blanco mayor» de tal manera que haga parecer al destinatario enfundado en el abrigo de las SS. A las feministas indignadas, por su parte, se las tilda directamente de «feminazis». Se acusa a la industria de combustibles fósiles de abocarnos a un holocausto de dimensiones inéditas, mientras que se dice del movimiento ecologista que alberga ambiciones totalitarias.

El uso excesivo de analogías acaba por minar su credibilidad. Ya nadie sabe muy bien qué quieren decir real-

mente acusaciones tan tajantes. Dejan de surtir efecto, cuando —como se ha podido observar desde las manifestaciones de Pegida [Patriotas europeos contra la islamización de Alemania]— se intercala un «llámame nazi si quieres», dicho con indiferencia; de repente volvemos al punto de partida y tenemos que explicar por qué se supone que es malo ser nazi.

Y lo absolutamente espantoso, los seis millones de muertos de la Shoá, no pueden constituir un criterio. Ese no es el modelo. Es el caso extremo y atroz. Cuando hay que recurrir a eso, hace tiempo que se ha perdido el paso. Necesitamos un concepto de fascismo que no parta del horror supremo, sino que recoja la idea política que lo hizo posible. Un concepto que ponga de manifiesto que esa idea política ya sería suficientemente grave incluso sin aquellas consecuencias.

Al fin y al cabo, el caso extremo tampoco sirve como criterio porque casi cualquiera puede encogerse de hombros y decir: «A ver, yo no tengo ninguna intención de matar a seis millones de personas». O quizá: «De momento no lo he conseguido».

Esa negación mediante disanalogía deliberada tiene un equivalente involuntario en el bando que se autodenomina progresista. Cualquier analogía con el nacional-socialismo puede rechazarse porque corre el riesgo de relativizarlo. ¿Acaso no trivializa a las víctimas reales del pasado el hecho de preguntarse constantemente si estamos de vuelta en 1933 o en 1939? ¿Se puede comparar la eliminación de páginas web por parte del gobierno de Trump con la quema de libros, sin restar importancia a esta última como fase previa a la solución final? ¿Quién está legitimado, de entrada, para recurrir a analogías? La antropóloga Esra Özyürek ha recopilado diversos ejemplos de la severidad con la que se reprende a las personas migrantes cuando, al abordar el tema del nazismo, llegan a la conclusión de que ellas serían el blanco de los ataques